

PEDRO VISCA

(1840 - 1912)

Dr. Fernando Mañé Garzón

I

En la historia de la medicina nacional, Pedro Visca ocupa un lugar de peculiar relieve. Fue, podemos decirlo con toda seguridad, el primer médico uruguayo que adquirió prestigio de maestro y como tal se perpetuó en el recuerdo con ribetes legendarios. La figura de Pedro Visca surge, pues, en nuestra cultura como el arquetipo del gran médico.

Es por ello que el análisis de su singular personalidad importa en forma sustancial para la comprensión del ulterior desarrollo de nuestra medicina. En él están plasmadas ya las características de nuestro conocimiento médico. El fue la simiente. La cosecha estuvo en relación a ella.

Antes de él, no existía medicina nacional. Existía el ejercicio de la profesión médica hecha en forma individual por diferentes profesionales, de muy diversas extracciones formativas. Viajeros sagaces unos, que se afincaron temporariamente entre nosotros; exiliados o emigrantes otros, quienes en busca de nuevos horizontes ejercieron con capacidad y honradez; y por fin uruguayos formados en el extranjero: en París como Teodoro M. Vilardebó, Gualberto Méndez o Francisco A. Vidal, en Edimburgo como Enrique Muñoz, o en Filadelfia como Enrique M. Estrázulas. Sus actuaciones fueron eminentemente asistenciales y adquirieron justo éxito y prolongado renombre no sólo como médicos sino como hombres públicos. El propósito de todos ellos desde el punto de vista médico, no era otro que cumplir en diversas formas y en diferentes niveles acordes con sus personalidades, una labor asistencial. Prueba de ello es la escasa literatura que ellos dejaron, el no haber formado continuadores, lo que no les hubiera sido imposible pues tenían buena y probada formación en clínicas de alto nivel.

Aún no se había plasmado en nuestra naciente nacionalidad la necesidad, como en otras disciplinas culturales, de una medicina nacional creativa y pro-

gresivamente independiente de sujeciones a determinadas escuelas o dogmas.

Los profesores fundadores de nuestra Facultad de Medicina (1875-1885) fueron quizá los primeros en promover la formación, si no de una escuela médica propiamente dicha, de un primer esbozo de medicina adaptada a las circunstancias locales.

Todos ellos eran extranjeros, que afincados entre nosotros como exiliados políticos (como Julio Jurkowski y Francisco Suñer y Capdevila), otros como simples y ocasionales emigrantes (como Antonio Se-



Prof. Dr. Pedro Visca

rratosa, Juan Antonio Crispo Brandis y Guillermo Leopold), se improvisaron docentes, con formación, capacidad y conocimientos dispares, obligados a desempeñar una docencia básica en anatomía y fisiología humanas los dos primeros, en patología y práctica clínica los tres últimos, no teniendo otra formación que la adquirida durante sus propios estudios y en el libre ejercicio profesional.

Ellos fueron, como dice Turenne, los precursores. Sentaron las bases iniciales para el establecimiento ulterior de una escuela médica nacional. Este período inicial de los estudios médicos se extenderá durante casi 10 años durante los cuales la incipiente Facultad pasó de estar formada por sólo dos cátedras a integrarse ya con doce.

Al producirse en 1885 el advenimiento de Alfredo Vásquez Acevedo al rectorado de la Universidad y de José María Caraffi al decanato de la Facultad de Medicina, ésta sufrirá un cambio sustancial y beneficioso: la regularización de los estudios y la nacionalización de sus profesores. Sucesivamente van a ocupar las cátedras médicos nacidos en el país y formados en los mejores centros de Europa, principalmente en París.

Surgen así en el Uruguay entre 1871 y 1895, los tres grandes forjadores de su medicina clínica: Pedro Visca (1840-1912), Francisco Soca (1856-1922) y Alfredo Navarro (1868-1951). Los une como hemos dicho un conjunto de circunstancias, oportunidades y características comunes: hijos de sus propias obras, arremeten intrépidos para forjarse una preparación médica sólida; poseedores de lúcidas y geniales inteligencias, desempeñan por derecho propio, al organizarse la Facultad de Medicina, a partir de 1885 la tarea de la enseñanza clínica; los dos primeros creando sucesivamente la clínica médica nacional y el último creando no sólo la clínica quirúrgica nacional, sino gravitando eficazmente en el desarrollo de nuestra Facultad.

Pedro Visca da el ejemplo. Primer uruguayo con formación médica completa e impecable adquirida en París, crea la clínica médica estableciendo por primera vez en nuestro país una disciplina semiológica, clínica y terapéutica: una metodología de la enseñanza clínica. Francisco Soca, consolidó y amplió esta enseñanza con su imponente figura, también de proyecciones geniales. Alfredo Navarro, quien con su completa formación médicoquirúrgica, como Visca ex Practicante Interno de los Hospitales de París, crea en el Uruguay una verdadera escuela quirúrgica, proyectando su recta, tesonera y lúcida personalidad en la conducción de la Facultad de Medicina obteniendo que se realizaran algunas de las numerosas innovaciones que postulara para su engrandecimiento.

Estos tres hombres, cada uno en su campo de acción, a través de una personalidad tan selecta como cautivante, formaron de aquel esbozo heterogéneo de nuestra incipiente Facultad de Medicina, una escuela, al fecundarla con su acción, incorporándose a la docencia Pedro Visca en 1885 como profesor de Clínica Médica; Francisco Soca en 1889 inicialmente como profesor de Patología Médica, luego de Clínica de Niños entre 1892 y 1899, fecha esta última en que ocupa la segunda cátedra de Clínica Médica, y Alfredo Navarro en 1895, primeramente como profesor de Patología, luego de Operaciones y finalmente a partir de 1896 como profesor de Clínica Quirúrgica.

II

Pedro Visca en este grupo esencial de creadores, ocupa un lugar preferencial. Fue como dijimos el primer uruguayo que adquirió en el curso de una destacada carrera médica realizada enteramente en París el cargo de Practicante Interno de los Hospitales de dicha ciudad, siendo también el primer sudamericano en obtener tan destacado puesto, de invalorable significación en la formación clínica y por tanto, al llegar al país, adquirió rápidamente justificado renombre al elevar considerablemente el nivel médico, transformándose, en plena juventud aún, en el patriarca de la medicina nacional.

Formado en una escuela de medicina de primera jerarquía en la que actuó como alumno aventajado e integró como Practicante Interno los mejores servicios clínicos, trajo a nuestro país esa medicina, afortunadamente aún impregnada de la vieja pero indispensable medicina anatomoclínica, que veremos irá perdiendo al no disponer de los medios para imponerla. Su formación era completa. Sus condiciones personales excelentes. Su inteligencia esplendorosa. El medio cultural de una ciudad criolla de menos de 100.000 habitantes moldeó estas cualidades a sus necesidades y a sus exigencias para forjar el maestro de una nascente escuela de medicina.

Al abordar el estudio de estas fascinantes personalidades uruguayas, uno lamenta en forma exasperante todo lo que de ellas está lamentablemente perdido. Vale la pena recordar aquí lo que Américo Ricaldoni expresó en ocasión de cuando se dispuso que la Sala Larrañaga del Hospital Maciel trocara su nombre por el de Pedro Visca, rindiendo homenaje a su maestro:

"Rehacer la historia de Visca nos es hoy tarea fácil, porque ahí está a nuestro alcance, palpitante aún. Pero no lo será así mañana, porque nuestra lamentable manera de vivir al día nos va haciendo imposible conservar los rastros de nuestra actividad científica y profesional. Las generaciones que vienen nada o poco pueden aprovechar de las

enseñanzas y recuerdos de las generaciones que se van. No se me oculta que recién comenzamos a organizarnos y que por mucho tiempo todavía serán más profesionales que especuladores científicos los hombres que de nuestra Facultad han de irse desprendiendo. Pero la demanda profesional cesará algún día de producirse en términos urgentes, y entonces veremos al fin, haciéndonos familiar el espectáculo, destellar las ideas en el ambiente a manera de diamantes que quiebran, dividen y disgregan en mil colores las palpitaciones luminosas del Sol. Llegada esta hora, ya nada se podrá perder de cuanto dentro de claustros ocurrirá. No faltarán en la forma estable que es menester, ni las páginas que fijan la evolución de nuestras aptitudes para asimilar o crear, ni las que señalen asimismo las peculiaridades de nuestro carácter o de nuestro humor. No faltarán ni las notas serias, humildes o geniales, que traduzcan el fervor más o menos fecundo de nuestros gimnasios, ni las crónicas ágiles y amenas que describan los gestos, los tics, las manías de nuestros hombres. Y ¡qué más bello, y qué más útil para nuestros hijos que tener así abierto, de par en par, el libro fiel y auténtico que narra la historia de los esfuerzos y aspiraciones y de las modalidades y características de las épocas pasadas!

"Es incalculable lo que hoy por hoy arrojamos despiadadamente al arroyo, sin cuidarnos de que nadie lo recoja. Deshojamos nuestras margaritas abandonando sus pétalos al viento, sin importarnos de que desaparezcan para siempre en la primera vuelta de camino. Es como si creyéramos que sólo se avanza con las convulsiones del genio y que nada se adquiere con el trabajo lento y paciente. Deplorable error que da lugar a que un mundo de energías se nos malgaste de continuo sin más resultado que un fugaz chisporroteo. No dejamos de poseer el empuje, pero nos faltan el tesón y la disciplina. Trabajamos tan sólo para la hora actual, y no nos inquieta el mañana, sin pensar que por culpa de ello podremos hacer malograr en estériles afanes, hasta a los que en el futuro vengan ya señalados en la frente y prestos para la lucha desde el Palacio Azul del delicioso cuento de Maeterlinck. Es ya tiempo que no aparentemos ignorar que la acumulación de hechos es por sí sola fecunda, y que por lo tanto vale la pena que nos esforcemos por amontonar los protocolos de nuestras observaciones, por hacer desbordar nuestras bibliotecas, por llenar las vitrinas de nuestros museos, por enriquecer nuestros herbarios y colecciones... Acumulemos, amontenemos sin contar; acumulemos siempre, que, tarde o temprano, ya surgirá la idea que sacuda impaciente estos documentos y remueva sus misterios, desentrañando, con luz sorprendente, aquellos mismos que hoy, en nuestra apresurada marcha, apenas si llegamos a presentir".

III

Pedro Visca nació en las afueras de Montevideo, en las proximidades del Cerrito, a pocos metros del camino de Propios, en los límites que dividen los barrios de la Unión y de Goes, el 8 de febrero de 1840, un año después de iniciada la Guerra Grande y tres años antes de instalado el Sitio de Montevideo por las fuerzas del general Manuel Oribe, quedando desde entonces su domicilio en campo ocupado por el ejército sitiador.

Fue el sexto hijo de Bartolomé Visca y de María Peluffo, inmigrantes genoveses llegados al país en 1838 procedentes de Vado, pequeño pueblo situado sobre la costa occidental del golfo de Génova y a unos 50 kilómetros de este importante puerto. Bartolomé Visca, apodado Bartolo o también Il Losce, era leñador y cazador furtivo en los montes de Liguria.

Poco nos ha llegado de sus primeros años. Sabemos que concurrió a la escuela del inefable Juan Manuel Bonifaz, en el período que este prístino educacionista actuó en la Unión, cursando luego el bachillerato en el Colegio Nacional y Universidad Menor de la República. Luego de esmerada dedicación, culmina sus estudios el 1º de marzo de 1861 donde en



Visca a los veintiún años

acto de colación pública de grados recibe el título de Bachiller en ciencias y letras de la Universidad Mayor.

Llega así el momento de la decisión vocacional. En 1861, como hemos dicho, Pedro Visca es bachiller. Pero ya antes de obtener este grado su decisión estaba también tomada, quería ser médico, guardando también especial interés hacia las ciencias naturales, especialmente la mineralogía.

Sin recursos propios que le permitan acceder a la enseñanza superior al no existir una universidad completa en el país y menos una Facultad de Medicina, Pedro Visca busca obtener una pensión del Estado que le permita realizar sus proyectos de estudio en Europa, en París. Su proyecto inicial es ir a estudiar medicina y ciencias naturales. Con ese fin se presenta ante la Comisión de Peticiones de la Cámara de Representantes solicitando dicha pensión, que luego de un prolongado debate le es otorgada el 1º de junio de 1861. El 17 de setiembre, junto a su compañero de pensión Dalmiro Cabral, se embarca para Europa donde permanecerá diez años. Llega a París la noche del 22 de octubre, y luego de rendir examen de admisión se matricula en la Facultad de Medicina, en París, el 9 de enero de 1862.

IV

Este joven estudiante latinoamericano llega a la rutilante capital del Segundo Imperio, modernizada recientemente por Haussmann, en el esplendor de sus galas. Fácil es imaginarse el deslumbramiento del joven ante la ciudad, prototipo de las ciudades más cultas del mundo. Diez años de permanencia en ella moldearán definitivamente su carácter, estimulando su rica inteligencia, dotándole de la formación médica más completa para un estudiante de lengua latina, refinando su sensibilidad en los aspectos más actuales de las letras y de las artes, transmitiéndole las inquietudes políticas más liberales. Todo ello será la base para el ulterior florecimiento de su frondosa personalidad de médico y de hombre inquieto por los problemas de su tiempo.

Sus comienzos de vida en París no fueron fáciles. La modesta pensión que irregularmente le servía el gobierno, ya muy menguada en su primera entrega por los desembolsos que le obliga a hacer el pago de su pasaje en barco.

Lo vemos instalado en enero de 1862 en pleno Barrio Latino, en el 91 rue de Seine. En este mismo domicilio permanecerá hasta su regreso. En una página de su libreta de apuntes, Pedro Visca, recién llegado a París, con fecha 16 de octubre de 1862, hace su presupuesto mensual. Cuenta con 320 francos

mensuales que distribuye en la siguiente manera: para la comida 60 francos; alojamiento 20 francos; para ropa 60 francos; para lavado 20 francos; para estudios 40 francos; para gastos extraordinarios 50 francos. Esto suma 250 francos, que deducidos del total de 320 francos, dejan un pequeño saldo disponible de 70 francos. Según los informes consultados no podía ser más ajustado este presupuesto incluso para un estudiante sin mayores pretensiones de un decoroso confort.

La modesta residencia de Visca, una simple habitación de una pensión para estudiantes, era el punto de reunión de todos los orientales necesitados de ayuda o de consejo que pasaban por París. Una larga permanencia ya en Francia le hacía conocedor de todo lo que pudiera ayudar a los compatriotas. Esto se puso más de manifiesto durante el último período de su estadía, en los aciagos días de la guerra franco-prusiana, donde con su ayuda más de un uruguayo pudo ponerse a salvo.

Pedro Visca se había vinculado en forma bastante activa en los momentos libres que le dejaban el estudio y el desempeño de sus funciones en los hospitales, no sólo a algunos destacados políticos liberales españoles como Emilio Castelar y Pi y Margall sino también a grupos de jóvenes estudiantes y políticos franceses que llevaban franca oposición a la política del Segundo Imperio. Había conocido bien a Georges Clemenceau, a León Gambetta y a Auguste Naquet (que fuera su instructor en el primer año de sus estudios). Se destacaba entre ellos por sus claras ideas liberales y por su radicalismo republicano. Su vinculación fue tal que se vio comprometido con la subversión política en tal forma que, perseguido por la policía, tuvo que refugiarse unas semanas en Londres. Exiliado en la capital británica, sin conocer el idioma, sin amigos y sobre todo sin recursos: vivió una semana comiendo solamente pan con manteca... En otra ocasión la policía lo quiso prender, y allanar su domicilio donde sospechaban se escondía un *communard*. Haciendo valer, con denodada sangre fría, su condición de extranjero y mostrando la bandera de su lejana y desconocida patria campeando sobre su mesa de trabajo, obtuvo que la policía abandonara su intento. Nunca dijo si en realidad ocultaba a algún *commune* en su reducida habitación. También cuando llegaron los días de las barricadas lo vieron plegarse a las fuerzas libertarias así como transmitir el mensaje de un hijo a su madre atravesando París en plena ebullición revolucionaria.

V

La medicina francesa no puede atravesar un período más brillante. A la medicina anatómica que hizo gloriosa a Francia en la primera mitad del siglo XIX con las figuras de Bichat, Laennec y Bre



Visca, bachiller en París

tonneau, sucede, tras pasar por el fisiologismo estéril de Broussais, un nuevo tipo de medicina, este sí eminentemente clínico, eminentemente orientado al individuo enfermo, a la enfermedad referida al individuo: la medicina semioclínica. Surgía triunfante en los numerosos servicios hospitalarios, que rivalizaban en su mejor acuidad semiológica y en su mayor precisión clínica. A esta medicina semiológica, orientada en su esencia a la práctica, se unió un complemento que iría a transformar los conceptos médicos de una manera radical: la vinculación etiológica de la enfermedad a un agente definido, específico. Para este período, etiología vino a ser sinónimo de agente microbiológico (virus, bacteria, protozoo, hongo), generalización de los conceptos introducidos por las escuelas bacteriológicas en Francia por Louis Pasteur y en Alemania por Robert Koch. Fue pues una medicina semioclínica y pasteuriana.

Esta nueva concepción de la medicina clínica desarrolló una característica propia de ese período de la evolución de las ideas médicas. Consistió en que esa medicina se creyó todopoderosa y como tal surgieron en su entronización los genios científicos que la personificaban: los Grandes Patrones, los príncipes de la ciencia médica, principio y fin de toda verdad clínica. Uno de ellos, quizá el más destacado y talentoso prototípico, fue Armand Trousseau (1801-1867). La pri-

mera edición de su famosa obra "Leçons Cliniques de l'Hôtel-Dieu", fue publicada justamente en 1861, el año en que Visca llegó a París. Trousseau introdujo en la medicina clínica el concepto de enfermedad específica, es decir que la enfermedad, cualquiera que sea, es producida por un agente específico. Ello lo llevó a postular, antes de ser descubiertos, la existencia de agentes vivos muy pequeños que serían los agentes productores de las enfermedades: los microorganismos surgen en el pensamiento de Trousseau como *êtres de raison* antes de ser encontrados materialmente por la ciencia bacteriológica de las próximas décadas del siglo XIX.

En esos años, se creaba en Francia un movimiento científico que tendrá también amplia repercusión en la medicina: la formulación del método experimental aplicado a la medicina hecho por Claude Bernard desde su cátedra del Collège de France. Pedro Visca asistió a sus clases, y con frecuencia recordaba al gran fisiólogo en sus clásicas pláticas a los estudiantes y amigos. La obra trascendental de Claude Bernard *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale* apareció justamente en 1865. Su curso, innovador de toda la ciencia fisiológica y médica, era frecuentado no sólo por estudiantes y médicos sino por científicos como Marcelin Berthelot, filósofos como Paul Janet o historiadores como Ernest Renan. Si bien este aporte de indiscutible importancia cambiaría la medicina del futuro, no tuvo en esos años repercusión directa en su aplicación clínica, que modificara, desviara los caminos por los cuales se desarrollaba el conocimiento clínico. Este rumbo fisiológico (muy desprestigiado en Francia por las falsas audacias teóricas de Broussais) tomó auge en otros países, principalmente en Alemania y Gran Bretaña, antes que en Francia donde había sido creado. Los conceptos generales de la fisiología, como el de medio interno directamente formulado por Claude Bernard, el de correlación funcional y regulación, el de metabolismo, el de secreción interna, el de tropismo, el de principio inmediato (proteínas, grasas, hidratos de carbono), el de fermento que llevaría rápidamente al concepto de enzima, no intervendrían aún a pesar de haber sido formulados y estudiados en esos años, en las concepciones de la medicina clínica y particularmente en la francesa muy apegada aún y por muchos años más, a una medicina como hemos dicho semioclínica y etiológica. Las alteraciones funcionales, la fisiología aplicada a la clínica tardaría aún en imponerse para esta valiosa escuela, la que sólo vio entre las alteraciones funcionales aspectos limitados, por ejemplo en aquellas sin lesión orgánica del sistema nervioso como la histeria.

VI

Esta fue la medicina que Pedro Visca encontró en París a su llegada, y al iniciar sus estudios en enero de 1862.

Poco sabemos de quienes fueron sus profesores en las ciencias básicas. Nos ha llegado una carta que escribe a Antonio Ferreira en que relata su primera impresión de una clase de física médica: 400 estudiantes en un enorme anfiteatro donde los profesores no conocen a los alumnos. Lamentablemente de este período inicial de su vida de estudiante poco nos ha quedado, no habiéndose conservado ni cartas ni relatos tomados de sus innumerables charlas.

Al matricularse ya en tercer año, en 1865, obtuvo por concurso de oposición el cargo de Practicante Externo de los hospitales de París habiendo desempeñado sus semestres en los servicios de Auguste Nonat y Sigismond Jaccoud, uno de los grandes patrones, este último, de la medicina francesa. En este cargo, ya de cierta responsabilidad clínicoasistencial, primer escalón en la carrera clínica, lo sorprendió la epidemia de cólera que azotara al mundo occidental a partir de 1865. Es en ese momento Practicante Externo en el servicio de Auguste Nonat en el hospital de la Charité. La epidemia de cólera originada como siempre de viajeros procedentes de las orillas del Ganges, se

manifiesta inicialmente en Europa en el Mediterráneo oriental, para pasar luego hacia occidente alcanzando las grandes ciudades de Europa. Esta temible enfermedad, endémica en su región originaria: la India (mal índico o mal del Ganges, como aún se le llamaba en esa época), inició sus brotes pandémicos con el aumento de las comunicaciones, haciendo su primera aparición en Europa en 1819. En 1849 azota por segunda vez París (de cólera muere Madame Récamier, según el diagnóstico hecho por el famoso Cruveilhier). Al aparecer nuevamente el cólera en Europa, en 1865, conmueve de manera intensa no sólo la opinión pública, sino que también es un motivo de inquietud y angustia para todos. Era por tanto el estudio de esa afección un problema no sólo nuevo o de gran actualidad en la práctica clínica sino que su nosografía y su etiología venían a plantear los más intrincados problemas de la patología de la época. Se debe recordar que el agente etiológico, el *Vibrio cholerae*, individualizado por Pacini en 1854, recién fue comprobado como agente indiscutible del cólera por Roberto Koch en 1882.

Pedro Visca, como joven Externo de los eminentes clínicos que hemos nombrado, debía tomar sobre sí la tarea más ruda y pesada de los servicios redactando historias clínicas prolijas y completas, así como hacer las autopsias de los casos fallecidos, con sus correspondientes protocolos.

Desde su llegada a París también se vincula estrechamente a uno de sus más dilectos maestros: Paul Broca. Hacía varios años que este insigne cirujano y antropólogo realizaba estudios sobre los trastornos del lenguaje postulando desde 1861 la localización del centro del lenguaje a nivel de la tercera circunvolución frontal izquierda, mediante prolijas investigaciones anatómicas en las cuales colaboraba estrechamente Pedro Visca. Centenares de cerebros habrían estudiado juntos. Se conservaron historias clínicas hechas por él, corregidas y anotadas por el propio Broca, habiendo realizado personalmente Visca muchas de las autopsias que fundamentan las comprobaciones de Broca. Contaba Pedro Visca que en la realización de uno de los protocolos de observación, al cortar el cerebro de un afásico, Broca exclamó: "Voilà M. Visca la signature de l'aphasie de votre malade! Le pied de la troisième est bien endommagé; que dira donc, après cela, notre ami Trousseau?".

Al morir Trousseau en 1867, el cetro de la medicina clínica pasó a manos de Sigismond Jaccoud, de quien fue Pedro Visca Practicante Externo. Este insigne maestro fue el que en los años de estudiante y Practicante Interno de Pedro Visca surgía como gran figura de la medicina clínica francesa y que en las décadas siguientes llegaría a la cúspide de la fama, encarnación genuina del genio francés y de la medicina

DU

VAGINISME

PAR

P.-F. VISCA

DOCTEUR EN MÉDECINE DE LA FACULTÉ DE PARIS

Né à Montevideo (Uruguay)

INTERNE EN MÉDECINE ET EN CHIRURGIE DES HÔPITAUX DE PARIS

MÉDAILLE DE BRONZE DE L'ASSISTANCE PUBLIQUE (1866)

MEMBRE DE LA SOCIÉTÉ D'ANTHROPOLOGIE

PARIS

ADRIEN DELAHAYE, LIBRAIRE-ÉDITEUR

PLACE DE L'ÉCOLE-DE-MÉDECINE

1870

Tesis de Visca para el doctorado por la Facultad de Medicina de París

na de su época. Jaccoud era un magnífico orador, con una facilidad de expresión innata, un conocimiento refinado de la lengua francesa y poseedor de la medicina clínica de su momento a través, tanto de un riguroso estudio de la literatura médica, como de una tan vasta como depurada experiencia recogida asiduamente durante años a la cabecera de la cama de los enfermos.

Trabajó junto a profesores como Jean Baptiste Bouillaud, (1796-1881) el sutil clínico que describió por primera vez la relación existente entre el reumatismo poliarticular agudo (fiebre reumática) y la carditis, estableciendo la unidad de estas dos manifestaciones clínicas; a Huchard como destacado cardiólogo; al modesto sabio Pierre. C. Potain, cuyo aporte a la semiología particularmente cardíaca lo harían una figura primordial y que fue posteriormente también maestro de nuestro segundo gran clínico: Francisco Soca, fama sostenida entre nosotros también por Américo Ricaldoni, discípulo de Pedro Visca; conoció las enseñanzas de los grandes cirujanos de su época: del gran Péan, del cual se guardan dibujos que hiciera de su maestría quirúrgica Toulouse Lautrec, tan hábil operador como sagaz clínico, quien cede a Pedro Visca para su tesis varias observaciones clínicas; de Velpeau, cuya seriedad científica era proverbial; de Depaul, de Laugier, de Gubler, etc.

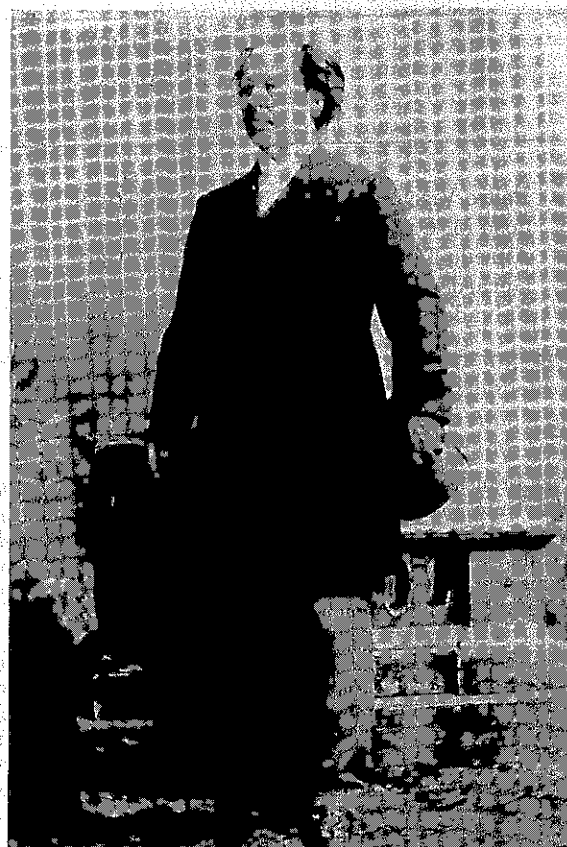
VII

Terminado su año como Practicante Externo le fue adjudicada, por su actuación, la Medalla de Bronce de *l'Assistance Publique*. Se dispone entonces a preparar el concurso de *l'Internat*, concurso de oposición de fama internacional que hacía de sus ganadores verdaderos triunfadores en el futuro ejercicio de la medicina clínica.

Gana este concurso en 1867 de sólo 40 plazas, entre gran cantidad de postulantes. Pero he aquí que uno de sus compañeros había quedado afuera, en el cargo 41, planteándole su tragedia: al no entrar como titular de un cargo, lo cual a más de lo que significaba como fracaso en la posibilidad de aprendizaje, no percibiría por el plazo estipulado el sueldo correspondiente que era lo único que contaba para poder continuar su carrera, debía abandonar sus estudios ya que su humilde familia no podía por más tiempo atender a su subsistencia. Pedro Visca renuncia entonces a la titularidad del cargo y permite a su compañero gozar de sus beneficios. Actuó durante 1868 como Practicante Interno suplente en los Servicios de Axenfeld y de Auguste Gubler, ambos en el Hospital Beaujon, a entera satisfacción de ellos. Su relación con Gubler fue muy estrecha, junto a quien aprendió neurología y al que consideraba junto a Bouillaud y Broca uno de sus grandes maestros.

Huelgan los comentarios a la generosa como delicada actitud de Pedro Visca al ceder su puesto de Interno titular a su amigo para pasar a ocupar el de Interno suplente. Perfil por primera vez en la documentación existente el carácter generoso, desprendido, al amigo sincero así como confiado en su fácil talento. *Nonchalant*, sacudiendo su peculiar desinterés por las contingencias de la vida, vuelve a presentarse entonces al próximo concurso en 1868, obteniendo entre 257 concursantes el quinto puesto, iniciando su periplo en los mejores servicios clínicos y docentes. A dicho cargo fue elegido el 23 de diciembre de 1868, integrándose inmediatamente al servicio quirúrgico del Hôtel-Dieu. Esta fecha fue para él la culminación de su aventura intelectual. Como tal la recordó siempre, transmitiendo a sus discípulos, a sus alumnos y a sus amigos, la seductora sensación de un triunfo, fruto del denodado esfuerzo intelectual y de disciplina en el estudio que abría el camino a la llena de satisfacciones vida hospitalaria y a la divertida y formativa vida que prodigaban en generosa abundancia las noches bohemias de la *salle de garde*.

Con este triunfo, se adjudicó el honroso privilegio de haber sido el primer sudamericano en ocupar dicho cargo y por tanto el primer uruguayo en serlo. (Cuadro I)



Visca en su madurez

A través del desempeño del cargo de Practicante Interno, trajo Pedro Visca al Uruguay no sólo la escuela médica francesa bebida y asimilada en sus fuentes más puras, sino también la inquietud por crear en nuestro sistema asistencial y docente una institución con las mismas características, lo que efectivamente se obtuvo y entró a formar parte, como en París, de nuestras instituciones funcionales clínicas más destacadas y codiciadas.

La vida de Practicante Interno le permitirá además estrechar de una manera inmovible vínculos de amistad que perdurarán para siempre. El respeto y afecto especial a sus maestros Jean Baptiste Bouillaud, Paul Broca, Alfred Velpeau, Adolphe Gubler, Sigismond Jaccoud, Joseph Depaul y Stanislas Laugier. La sentida y fraterna amistad con sus compañeros de Internado, de estudios y de esfuerzos, de las inolvidables guardias de hospital. Para cada uno guardó un siempre cariñoso recuerdo.

VIII

Fue sin duda ejemplar su fraternal amistad con Georges Dieulafoy, el eminente clínico y sucesor en la cátedra de clínica médica del que fuera su maestro: Armand Trousseau. Formó varias generaciones de clínicos, directamente por haber pasado por su clínica o a través de sus no menos famosas obras, tales como un manual de patología interna, de sus lecciones clínicas del Hôtel-Dieu y recordándose aún a través de algunos epónimos que llevan su nombre.

También forjó una inquebrantable amistad con Samuel Pozzi, el eminente ginecólogo, con el cual se conserva la última fotografía de Pedro Visca en ocasión de su visita a Montevideo.

Llega el momento, luego, de culminar el doctorado con la presentación de su tesis "Du vaginisme", sostenida el 1º de abril de 1870, obteniendo por fin el título de médico.

Cuadro I

Uruguayos que fueron Practicantes Internos Titulares de los Hospitales de la Assistance Publique de Paris. (1)

	Promoción	Puesto obtenido	Número de cargos concursados	Número de postulantes
Pedro Visca (2)	1868	5	41	257
José M. Caraffi	1877	36	38	
Alfredo Navarro(3)	1891	4	59	450
Gerardo Arrizabalaga (4)	1893	55	61	494
Salvador Mercadé (5)	1901	7	57	571

1.- Francisco A. Vidal (1827-1889), fue Practicante Interno Suplente aproximadamente en 1850. Sólo 24 estudiantes americanos fueron Practicantes Internos de los hospitales de París de los cuales sólo dos, aparte de los uruguayos, fueron sudamericanos: Garpard Marcano (1871), venezolano y Daniel Uribe (1880), colombiano.

2.- Pedro Visca había ganado previamente el concurso el año anterior (1867); renunció a su cargo titular para favorecer a un compañero que había quedado en el puesto 42 (se concursaban ese año 41 cursos) pasando a desempeñarse durante un año como Practicante Interno Suplente. Fue el primer Practicante Interno titular sudamericano de los Hospitales de París.

3.- Al ocupar el cuarto cargo le correspondió uno de los *Prix de l'Internat*, denominado *Lauréat de l'Internat* que consistía en una mención honorífica.

4.- Gerardo Arrizabalaga había ganado el concurso de Practicante Interno por una casualidad y arbitrariedad de la cual sin embargo no era responsable. En efecto, en la promoción de 1893 se concursaban 53 cargos; entre los inscriptos figuraba Lazare Adolphe Carnot, hijo del Presidente de Francia en ese momento, Sadi Carnot. Ocupó aquél en el concurso el cargo número 61 siendo los cargos a concursar solamente 53. Por un decreto se aumentó entonces, para dar cabida al delfín, el número de cargos a adjudicarse a 61, entrando de paso Arrizabalaga que ocupaba el puesto 55 (Comunicado por Enrique Figari Legrand, 1980).

5.- No hemos podido encontrar referencias a este Interno que figura como uruguayo y que no revalidó su título en el país. Muy probablemente se radicara definitivamente en Francia, o no terminara la carrera (Durand-Fardel, R. L'Internat (1903): 282).

IX

Sin otros recursos que su flamante diploma, llega a Montevideo a principios de mayo de 1871, luego de casi 10 años de ausencia.

Comienza rápidamente a concurrir al consultorio una amplia y selecta clientela, un suficiente número de pacientes que le permitirán atender a sus necesidades. Aparte de sus tres vicios: el café fuerte y humeante, el cigarro de La Habana de sutil aroma, y las refinadas prendas de vestir, fue un hombre frugal, de gustos sencillos, sin ambiciones de dinero ni sentido del ahorro o de capitalizarse. Fue desde su inicio un médico sin afán de lucro, que ni siquiera diríamos exigirá la retribución de sus servicios. El dinero no existió prácticamente para él. Le alcanzaba y más en esa época de soltero, con proveer a su modesta vivienda, a sus prolijas prendas de vestir, a los cigarros y el café...

Pronto se hizo proverbial su bohemia, su despreocupación, su inherente pereza que dejaba librado todo a su inteligencia esplendorosa a la que alimentaba una experiencia y conocimiento pleno de la medicina clínica permanentemente acrecentado por interminables lecturas, confiando muy poco, nada casi podríamos decir, al esfuerzo, al empuje vigoroso que demuestra una voluntad puesta al servicio de una ambición. No fue, de ello no cabe duda, y da quizá el perfil más singular de su cautivante personalidad, ni un maestro de energía ni un ejemplo de laboriosidad sino una clara inteligencia chispeante, original y paradójica puesta al servicio de una medicina que ejercía con dedicación natural más que esforzada y una solvencia en concordancia a sus inherentes dotes para cautivar al que lo consultaba, pero sin imponer volitivamente sus opiniones, imponiendo sólo quizá su comprensión, su tolerancia, su sano optimismo teñido en el fondo del escepticismo propio de los hombres cuya vocación intelectual es más la de pensar que la de hacer, más la de elegir que la de crear.

La iniciación de la labor de Pedro Visca como médico asistencial marca el comienzo de un nuevo período de la cultura médica nacional. Efectivamente, si bien el cuerpo médico nacional contaba con integrantes de relevante preparación y actuación, todos ellos habían limitado su formación en la obtención de su título en facultades de medicina de sobrada solvencia científica, la mayoría de ellos no habían adquirido formación complementaria que los interiorizara en la actuación asistencial y docente, formando parte activa y destacada de servicios de asistencia, docencia e investigación clínicas. Esos relevantes médicos tenían conocimientos y formación correcta que les permitía adquirir sobrada experiencia clínica, pero no habían adquirido el complemento formativo que aportaba Pedro Visca por primera vez, no sólo al Uruguay

sino a Latinoamérica: la formación asistencial obtenida y controlada directamente por grandes maestros, la convivencia y experiencia docente que se adquiere en las pruebas de concurso y el contacto como colaborador con originales investigadores clínicos, en suma lo que aportaba al estudiante, por más brillante que éste fuera, una preparación surgida del cuidadoso estudio de los enfermos mediante una metodología impecable surgida de la confrontación directa con una jerarquía docente. El concurso del Internado y el desempeño de este codiciado cargo cuyo valor en la formación médica de la época era de todos conocido, daba a Pedro Visca desde sus primeras actuaciones entre nosotros, una justa y depurada superioridad. Ello contribuyó a elevar indudablemente el nivel médico, al existir un médico nacional, de probada honestidad, capaz de ser eventualmente razón y juez en muchas actuaciones, discrepancias o conflictos profesionales.

Poco tiempo después de su llegada a Montevideo es nombrado en uno de los pocos cargos existentes: Médico del Asilo de Dementes, dependiente de la Comisión de Caridad. Es en esta actividad que Pedro Visca inicia su labor pública. Dicho Asilo albergaba según datos de 1876 a unos 120 pacientes entre hombres y mujeres cuyos diagnósticos eran: estupor, manía simple, delirio crónico, alcoholismo, delirio asténico, epilepsia, demencia, afasia, histeria, manía puerperal, alucinaciones, etc., a los cuales aparte de la reclusión se les trataba con medidas higiénicas, hidroterapia, tónicos reconstituyentes, bromuro de potasio, antiespasmódicos, narcóticos, etc. Actúa en este cargo junto con Antonio Navarro, encargado administrativo del Asilo, con quien traba una estrecha amistad. Un hijo de éste es asistido de una enfermedad ganglionar del cuello por Pedro Visca, con toda la dedicación y sabiduría de que era capaz, como lo hacía con todos sus pacientes y aún con más cariño por ser el hijo de su amigo y colaborador en el Asilo. Asistido y curado por Pedro Visca, hacia quien guardó siempre un sentido recuerdo y reconocimiento como al amigo de su padre y al médico de su niñez, el que fue quizá su ejemplo como médico, dado que como Pedro Visca no sólo realizaría toda su carrera de médico en París sino que también accedería al codiciado cargo de Practicante Interno de los Hospitales, ese niño fue Alfredo Navarro, el futuro gran fundador de la cirugía nacional.

Posteriormente, integró la Comisión de Caridad, realizando desde ella algunos proyectos para modernizar y adecuar la asistencia médica. Esta Comisión cuyos orígenes se remontan a la época colonial y que integraron destacadas personalidades del país, regenteaba totalmente la asistencia pública teniendo bajo su jurisdicción al Hospital de Caridad (posteriormente Hospital Maciel), el Asilo de Dementes (desde 1875 Hospital Vilardebó), el Asilo de Expósitos y

Huérfanos (posteriormente Asilo Dámaso A. Larrañaga), los Asilos Maternales No. 1 y 2 y la Lotería (posteriormente Administración de Loterías). Estaba integrada por miembros vinculados a la Iglesia y de tendencia francamente conservadora entendiendo su misión más la de ser administradora de un depósito de desamparados que la sociedad segregaba de su seno y a los que sólo cabe el consuelo de la resignación bajo el amparo de la caridad cristiana, que una institución al cuidado de la cual estuviera el promover la salud, luchar por la mejor asistencia, brindar a los pacientes las mejores oportunidades de curación así como a los médicos las mejores condiciones para ejercer con provecho su magisterio, eligiendo entre ellos a los mejores, brindando las más modernas instalaciones e implementos terapéuticos.

Ya dueño de una posición médica, que acreditaba 14 años de ejercicio asistencial, va a acceder por derecho propio a la cátedra universitaria.

El año 1885 fue de crucial importancia para la Universidad. Según la legislación vigente correspondía la elección de un nuevo Rector, y de acuerdo a ello la Sala de Doctores de la Universidad elevó al Poder Ejecutivo una terna integrada por Alfredo Vázquez Acevedo, Pedro Visca y Alejandro Magariños Cervantes.

Fue elegido Alfredo Vázquez Acevedo, quien ya había ocupado el Rectorado de 1883 a 1885, a quien se le encomendó la redacción de una Ley Orgánica de la Universidad, por la cual se diera una estructura moderna y correctamente integrada a la institución. Dicha ley, redactada por el claro y progresista empeño del nuevo Rector, fue sancionada el 14 de julio de 1885 y marca el fin de la llamada Universidad Vieja (1849-1885) y la iniciación de la Universidad Liberal (1885-1908).

Con respecto a la Facultad de Medicina, la primera medida tomada por el nuevo Rector fue el nombramiento de un Decano acorde al espíritu de reforma que lo animaba, reeligiendo para ello al hombre que las circunstancias requerían: al doctor José María Caraffi, quien en 1884 ya había sido designado en el cargo siendo el primer uruguayo en ocupar dicho decanato. Nació Caraffi en Montevideo en 1853, cursó su carrera de médico en Montpellier y luego en París donde se doctoró con una tesis sobre fracturas del raquis. De regreso al país en 1883, inició su ejercicio profesional vinculándose inmediatamente a la docencia. Hombre de recia personalidad, estricto en el cumplimiento de sus funciones, impuso a la desorganizada Facultad una ajustada disciplina que hacía cumplir tanto a los estudiantes como a los profesores. Docente de vocación, de elegante expresión, impartía con solvencia y sobrada formación sus clases, vivifi-

casas siempre por el supremo y prevalente conocimiento clínico. Con su ejemplo y su tenacidad impuso un nuevo ritmo a la Facultad que no dejó de desagrado a aquellos habituados al ambiente de despreocupación provinciana y bohemia que hasta su llegada reinaba en las aulas. Al alejarse del decanato, luego de dos años de impropia labor de reorganización y asegurando para el futuro un trayecto firme, fue festejado su retiro por la inconsciente gritería y despectivos silbidos de incomprensivos estudiantes ante este rígido aunque dignísimo decano. Falleció en 1891 a los 42 años. Una vida prematuramente truncada cuando comenzaba a rendir en profusión su refinada inteligencia no permitió que cumpliera la misión que de haber sobrevivido hubiera seguramente desempeñado con verdadero brillo para el bien de nuestra medicina.

En este período, iniciaron su gestión docente los médicos nacionales, desvinculados durante los primeros años, como hemos visto, de la Facultad. La cátedra de Anatomía 1er. curso y Fisiología fue ocupada por Eugenio Piaggio; la de Anatomía 2º curso por José María Caraffi; Elías Regules ocupó la de Medicina Legal e Higiene; José Scoseria, la de Química Médica; creándose el cargo de Jefe de Clínica Médica que ocupó Enrique Figari y para la dirección del aula de Clínica Oftalmológica fue designado Albérico Isola y como en seguida veremos Pedro Visca ocupará la cátedra de Clínica Médica.

En el mes de junio de 1885 se crea la cátedra de Anatomía Patológica. La intención era bien clara. En vista de ello Guillermo Leopold solicita permutar la cátedra de Clínica Médica que desempeñaba desde 1878 por la recientemente creada, solicitud que el Consejo Universitario en su sesión del 30 de junio, acepta de inmediato. Queda así vacante la cátedra de Clínica Médica lo que va a permitir asimilar a Pedro Visca a la Facultad de Medicina. En su próxima sesión el 3 de julio de 1885 el Consejo Universitario dispuso que se proveyese directamente y en forma definitiva. En la misma sesión nombró por unanimidad a Pedro Visca. Quedaba integrado el cuerpo docente por doce profesores, cinco de los cuales eran uruguayos (Cuadro II).

Tuvo Pedro Visca, al hacerse cargo de la cátedra de Clínica Médica, que implantar una organización basada en los escasos medios de que disponía y en su cabal conocimiento de la forma en que debe llevarse a cabo dicha enseñanza.

Aplicó a la organización de su cátedra la metodología que había aprendido y vivido en sus años de París, en el Hospital de Charité, en el Hôtel-Dieu, en la Salpêtrière. Cuenta con un jefe de clínica, Enrique Figari, formado también en las clínicas francesas,

CUADRO II

Profesores de la Facultad de Medicina en 1885.

Anatomía y Fisiología	Eugenio Piaggio (*)
Anatomía II	José María Carafi (*)
Botánica Médica	José Arechavaleta
Patología General	Antonio Serratosa
Anatomía Patológica	Guillermo Leopold
Patología Quirúrgica	Joaquín Miralpeix
Patología Médica	Juan Crispo Brandis
Clínica Médica	Pedro Visca (*)
Clínica Quirúrgica	José Pugnalin
Materia Médica	Eduardo Kemmerich
Higiene y Medicina Legal	Elías Regules (*)
Química Médica	José Scoseria (*)

(*) nacidos en el país.

que sabrá ejercer la enseñanza práctica partiendo del interrogatorio y del examen del enfermo. Frente a la sala Larrañaga hay un pequeño cuarto, y es allí, modestamente, que se realizan las primeras lecciones clínicas donde estudiantes y profesor, sentado éste en un viejo sillón de Viena va a iniciar sus exposiciones. Divide la sala entre los estudiantes adjudicándole a cada uno tres o cuatro pacientes que deberán estudiar detenidamente. En esa forma se enseñará cómo se hace una historia clínica, cómo se interroga a un enfermo, cómo se realiza el examen clínico. Recoger la observación, con todos sus detalles, luego la discusión diagnóstica, el pronóstico y la correcta terapéutica. Es en ese momento en que Pedro Visca saca del fondo inagotable de su memoria, de sus vivencias siempre renovadas en el recuerdo de sus años de Practicante Interno, la experiencia acumulada, que vierte con el deleite de su elegante discurso y que produce en el auditorio un efecto de atracción extraordinario. Así lo describe su discípulo Américo Ricaldoni:

"El clínico por excelencia, certero y presto, que poseía, a la par que hermosísimo capital científico, el arte divino de abrir los corazones y consolar. Era un encanto oír sus conversaciones amenas, de las cuales irradiaban sentencias a menudo risueñas, a menudo paradójicas; mientras su bastón de empuñadura de oro, tenido entre el pulgar y el índice de su mano enguantada, batía al compás sobre la superficie dura del pavimento... Visca, a

la manera de un Littré, extraía continuamente, como de un pozo sin fondo, jugo de la medicina antigua y tradicional, haciéndolo servir con pasmosa habilidad para alimentar nuestras facultades de observación y de crítica."

XI

Fue buena su actuación en el Decanato de la Facultad de Medicina (1887-1888), donde su acción fue más de apaciguar rivalidades y rencores a fin de que se asimilaran las benéficas reformas introducidas por Carafi.

Casi en el mismo período tuvo lugar la epidemia de cólera (1886-1887) donde Pedro Visca pudo brindar su importante experiencia adquirida en la epidemia en París, que ya hemos comentado.

Al iniciarse la epidemia en nuestro país, los médicos que actuaban no tenían experiencia personal en la enfermedad, salvo el doctor Germán Segura y algunos pocos que habían actuado veinte años antes cuando la epidemia de 1866.

Era pues natural que los ojos se dirigieran a Pedro Visca, cuya experiencia en la epidemia de París en 1865, era de todos conocida.

Fue a pedido de los estudiantes y de los médicos que se dedicó a dictar una serie de conferencias sobre el cólera al iniciarse la epidemia y que fueron publicadas inmediatamente. Forman esta publicación 19 capítulos que abarcan enteramente la historia natural del cólera, desde sus descripciones originales, las sucesivas epidemias que han afectado a Occidente, el descubrimiento del agente etiológico, la patogenia, la fisiopatología, la clínica, la anatomía patológica, las formas clínicas, el pronóstico, el tratamiento y por último las medidas tendientes a preservar las poblaciones de esta enfermedad.

Es un deleite leer aún hoy estas excelentes clases donde surge otra vez, por última vez, su límpido estilo. Ameno, concreto y siempre claro, matiza sus vividas descripciones con anécdotas de su actuación como practicante en París.

Las conferencias tuvieron lugar en el Hospital de Caridad, en el local de clases anexo a la sala Larrañaga, sala donde Pedro Visca impartía su enseñanza.

Un nutrido grupo de alumnos y discípulos lo rodeaba. Desde las primeras clases, la prensa se hizo eco del acontecimiento. En la ciudad presa ya del pavor de la epidemia, en vigencia las rígidas y acertadas medidas sanitarias adoptadas por la Comisión

de Salubridad, sólo faltaba la autorizada opinión de la Facultad de Medicina, y ésta la expresa por intermedio de su profesor de Clínica Médica, desde los primeros días de diciembre de 1886. La Tribuna Popular ofrece a Pedro Visca sus columnas para publicar las conferencias, a lo que se niega, quedando el ofrecimiento pendiente. Pese a esta negativa inicial, las conferencias fueron publicadas en un diario de la capital.

Sus discípulos, sin embargo, no contentos con la difusión únicamente periodística que tuvieron, solicitaron al Maestro la autorización para publicarlas nuevamente. Estos discípulos eran Nereo Iturriaga, Juan B. Morelli y Américo Ricaldoni, redactores de la Revista Científica. Así se expresan en el preámbulo a dicha edición:

"Discípulos humildes del Doctor Visca hemos pedido a éste la autorización para volver a publicar aquellas lecciones en la Revista Científica, creyendo así cumplir con una obligación de compañerismo, que nos permita dar a conocer lo elevado y digno que en medicina se escribe, y al mismo tiempo poner al alcance de profesionales y estudiantes el producto de uno de los cerebros más privilegiados de nuestra patria".

Las conferencias forman un pequeño curso sobre el cólera tratando el tema en forma completa, en un estilo por demás ameno y que traduce la intención de hacer una disertación agradable basada en una experiencia personal más que una fría exposición erudita sobre el tema. El estilo que ya habíamos conocido en la tesis de doctorado se mantiene, más pulido y más espontáneo. Al iniciar dichas conferencias, nos dice los motivos que lo llevan a desarrollar tan importante tema de actualidad médica: porque se lo debe a sus alumnos luego de un año de intenso aprendizaje (había dictado ese año ciento veinte clases clínicas), ofrecerles su conocimiento de una enfermedad cuya epidemia acababa de declararse en Montevideo y comunicarles las últimas medidas que se conocen para evitarlo, así como afirmar los conceptos sobre el origen específico de la enfermedad. Pero además:

"Porque os dije también que conservo impresiones y notas de maestros ilustres, cuando penetró el cólera en París el año 1865, y que como noblesse oblige, por una parte, y que por otra "más vale leer un hombre que diez libros" (Sainte Beuve), yo quiero también comunicaros mis impresiones clínicas de entonces, que son escuela y estudio para ahora".

XII.

Sólo mencionaremos su actuación parlamentaria (1879-1887), primero como diputado y luego como se-

nador. En ambas, si bien no se mostró un asiduo concurrente, sus intervenciones en puntos importantes (ley de vacunación antivariólica; proyectos de Banco del Uruguay y del Puerto de Montevideo) merecen ser estudiadas como ejemplos tanto de su claro talento como de sus ideas independientes y profundamente nacionalistas.

XIII

Los hombres son lo que son y lo que la gente quiere que sean. De esta conjunción de dos realidades: la intrínsecamente propia al individuo y la que el consenso general de la opinión se forma de ese mismo individuo, tomando de él su esencia y agregándole la interpretación que hace de sus actos, es que surge una imagen concreta y definida de él en el tiempo y cuya representación concreta es transmitida, delimitada y difundida a la posteridad. Contribuyen a definir esta imagen hechos, episodios y anécdotas, unos ciertos, otros hipotéticos e imposibles de comprobar, pero que apoyan con su gracia y elocuencia a dar vida a dicha personalidad.

La figura de Pedro Visca se prestó con holgura a esta creación colectiva, basada en su genio innegable y en lo que su actuación hizo ver e idealizar. Una aureola ambiental tejida con delicada y minuciosa admiración, fue rodeando paulatinamente a su figura para hacerlo modelo señero y patriarcal, arquetipo del médico, del talento natural criollo, del hombre uruguayo de su época en una de sus expresiones más logradas.

Como tal nos lo ha transmitido de generación en generación la tradición oral, conservándose sus anécdotas y podríamos decir el aroma de su presencia.

Es esta tradición, legendaria quizá en gran parte, que queremos narrar en el curso de este capítulo en el cual veremos su figura histórica transformarse en un símbolo de nuestra naciente cultura.

Al ocupar Pedro Visca en 1885 la Cátedra de Clínica Médica, pese a cursar aún la madurez, tenía 45 años, era ya un relevante y tradicional integrante del cuerpo médico nacional. Dicha distinción académica, su cada vez más prominente labor profesional, su destacada actuación como diputado y luego senador de la República, no hicieron sino acrecentar su incuestionable y respetable posición pública.

Su cautivante personalidad que ya hemos destacado en sus variadas facetas completaba la expectativa que rodeaba a su presencia. Es así que año a año, se fue tejiendo sobre él una imagen de peculiar singularidad, haciendo jugar en ella su brillante inteligencia, su palabra fácil y chispeante, su contar con inte-

rés y con gracia el inagotable cúmulo de anécdotas que iban desde los días de la Guerra Grande, sus brillantes años de estudiante en el París del Segundo Imperio, los azarosos días de la Comuna, hasta los testimonios sobre alzamientos revolucionarios y caudillos criollos cuyas cargas a lanza y resistencia espartana en la adversidad le causaron siempre admiración.

Esta imagen se completaba en lo físico en su impecable postura: levita bien cortada, hermosa cabellera con melena pulcramente cuidada, guantes, galera reluciente y bastón de puño de oro. Dichas características daban a su presencia un particular atractivo, que lo llevó a ser considerado uno de los personajes arquetípicos de su época. Este juicio global sobre su persona, en lo físico de singular prestancia, en lo intelectual de un nivel superior y original, lo han referido todos los que lo conocieron:

"Esparcía a su alrededor por el solo hecho de su presencia una sensación de confianza y seguridad. Al hablar, aquel rostro era simpáticamente feo. O valga la paradoja de una hermosa fealdad, pero que se iluminaba enteramente por el hechizo de sus ojos chispeantes de inteligencia, tan pronto escrutadores como meditativos. En aquéllos no faltaba de cuando en cuando una gota de secreta picardía."

En los primeros años de su actuación como profesor de Clínica Médica, su actividad docente fue intensa a la par que fecunda. En el año 1886, dictó 120 clases. Fascinó con sus conocimientos y su elocuencia a los jóvenes alumnos, estimulando con su metodología a sus verdaderos discípulos y asombrando a los oyentes ocasionales.

Luego de esas clases, dictadas en el local vecino a la Sala Larrañaga del Hospital de Caridad, salía al corredor y empezaba otra clase, en la cual participaban sus más allegados, su inseparable colaborador y jefe de clínica, Enrique Figari, sus discípulos y algunos curiosos. Gustaba de hacer diagnóstico por la simple y rápida inspección del paciente. -La facies habla, ¡ché!- solía decir. Así, al pasar los internados por el corredor, iba dando el diagnóstico de sus respectivas enfermedades, acertando siempre. Se cuenta que con Enrique Figari pasaba visita en la sala Larrañaga y mientras un estudiante leía rápidamente la historia del enfermo, ellos, tomando cada uno el extremo de la sábana que cubría al paciente, lo destapaban hasta los pies y rápidamente lo volvían a cubrir. Luego de ello daba su diagnóstico.

Tenía un particular sentido del exacto diagnóstico clínico. Su completa formación, su lúcida inteligencia, una particular vivacidad de espíritu y sentido de la realidad, le hacían individualizar con exactitud y certeza las entidades nosológicas más típicas de ese pe-

ríodo de la medicina clínica, tan rico en expresiones morfológicas de las enfermedades.

En todos estos actos demostraba la formación, aún desconocida en nuestro medio médico, adquirida no como estudiante que concurre asiduamente a cursos y conferencias sino como integrante responsable de un servicio, donde su labor era requerida, sus indicaciones cumplidas y sus actuaciones juzgadas por una jerarquía asistencial y docente pronta a enseñar pero también a corregir errores y mejorar a cada momento la preparación de sus integrantes más jóvenes. Esta actuación jerarquizada, controlada y correctamente estimulada es la que realizaba el Practicante Interno. Esos años de actuación estrictamente ajustados a una disciplina clínica daban al joven estudiante ya próximo a su graduación una preparación completa y podríamos decir ejemplar, al haber actuado, resolviéndolos, frente a todos los grandes problemas clínicos. Esa seguridad adquirida con la emoción de la responsabilidad, fecundó al fértil espíritu de Pedro Visca, logrando así un clínico completo, certero y seguro.

XIV

Gran importancia en su vida tuvieron las tertulias, que se formaban después de cenar, en su casa, primero en la calle Yi, luego en su casa propia de la calle Juncal.

El recuerdo de los años de su juventud en París era otro de los temas de conversación donde se solazaba entre satisfecho y orgulloso por haber tenido una mocedad brillante, y melancólico al ver el transcurrir inexorable del tiempo...

Desfilaban por su frondosa memoria el recuerdo querido de sus maestros: Trousseau, Bouillaud, Potain, Velpeau, Broca, Depaul, Tardieu, Nélaton, Ricord, Guérin, Jaccoud, Marey, Brown-Séquard, Péan, Tarnier, Gubler, Laugier, Nonat. De cada uno refería junto a sus singulares méritos, la anécdota que pintaba al hombre, que destacaba una personalidad ya con rasgos jocosos, ya con posturas geniales. Había asistido a los cursos de Claude Bernard en el Collège de France. Había conocido a Rudolph Virchow cuando de paso por París asistió a una clase de Sigismond Jaccoud habiéndose sentado a su lado... Su amistad con Paul Broca, uno de sus primeros maestros, se prolongó epistolarmente hasta el fallecimiento de éste en 1880.

Se sucedían en torrencial armonía y frescura cuentos de *Salle de Garde* de los famosos hospitales de París con sus contrastes bohemios, anécdotas de los grandes maestros, travesuras de estudiantes, recuerdos de sus compañeros, entonces como él humildes estudiantes y ahora en la cumbre de la fama.

Con emoción no contenida relataba a veces algunos episodios en los que había sido protagonista y que electrizaran a sus fervientes oyentes. Como por ejemplo cuando siendo estudiante de primer año de medicina sufre una *piqûre anatomique*, accidente en esa época frecuentemente mortal. Es atendido por sus maestros, el caso es referido al propio Louis Pasteur, angustiosamente viven la evolución de la grave infección que se abceja en los ganglios de la axila siendo drenada y obteniéndose la rápida mejoría.

XV

Luego del dilatado lapso que nos separa de la época en que Pedro Visca vivió y ejerció su magisterio clínico, creemos posible intentar una valoración objetiva de su verdadera misión. Pese a que mucho de su gestión se ha perdido, que sus clases no fueron recogidas o impresas y que su obra escrita es por demás escasa, con los datos que laboriosamente hemos podido recoger se puede establecer en forma definitiva lo que realmente significó su actitud frente a la enseñanza de la clínica médica de la cual fue el fundador académico en el país y a la que dedicó lo mejor de su capacidad durante más de veinticinco años de su vida.

Antes de acceder Pedro Visca a la cátedra de Clínica Médica de nuestra Facultad de Medicina, esta enseñanza fue impartida durante seis años en forma empírica, sin disciplina ni la metodología estricta que implica el cultivo de esta ciencia tan singular, tan diferente a las demás ciencias pero indiscutiblemente ciencia. Ya hemos hecho referencia a que muy poco nos ha llegado de ese período precursor del cultivo de ella a no ser críticas y sobre todo carencias. El cetro de la clínica médica no lo detentaba la Facultad de Medicina desde su cátedra respectiva sino distinguidos médicos que realizaban un brillante ejercicio profesional a nivel estrictamente asistencial como Francisco A. Vidal, Gualberto Méndez y el mismo Pedro Visca reintegrado al país desde hacía ya más de quince años.

Su nombramiento como Profesor de Clínica Médica de la Facultad de Medicina significó la entronización del prestigio clínico nacional a dicha institución. Vale transcribir la opinión del Rector Alfredo Vázquez Acevedo al dar cuenta de dicho nombramiento pocos días después de efectuado, incluido en su informe a la sala de Doctores:

"En estos últimos días se han provisto otras Cátedras vacantes con los doctores Pedro Visca, Don Albérico Isola y Don Enrique Figari, todos conciudadanos de notoria competencia. El concurso que desinteresadamente el doctor Pedro Visca se ha decidido a prestarnos en la dirección de la Clínica

Médica, es de un valor inestimable, pues, como sabéis, ese distinguido facultativo forma en la primera línea del Cuerpo Médico Nacional por su experiencia, su claro talento y su profunda instrucción médica."

Sazonaba su impecable formación clínica fruto de su fermental y exitosa carrera, sólidamente fundada en el desempeño del Internado en los hospitales de París, una ya dilatada experiencia asistencial adquirida desde su regreso de Europa en su desempeño como médico del Asilo de Dementes así como en la asistencia privada donde llegó a contar una extensa clientela. Hombre maduro ya, médico integral, su paso a la docencia fue un acto institucional que significó como hemos dicho la creación de una escuela.

No esperamos ver surgir con el nombramiento de Pedro Visca, de un jefe de clínica, de un alumno interno y la asignación a la cátedra de una sala del Hospital de Caridad, la Sala Larrañaga, una escuela de clínica médica completa, disciplinada y programada. Era necesario primero instituir la inquietud, convencer que la enseñanza clínica no era un improvisado empirismo ni un recitado más o menos erudito o memorioso de los últimos manuales o tratados. Era necesario lograr lo más posible la colaboración de las autoridades de la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública y de los estudiantes para crear una disciplina básica de atención y cuidado de los pacientes, atendidos no como caridad ni como simple ejemplo para el reconocimiento nosológico sino como asistencia jerarquizada y documentada debidamente, con fines a un diagnóstico lógico y exacto. En fin, era necesario planificar la enseñanza partiendo de las bases fundamentales de la anatomía y la fisiología, llegar a la disciplina semiológica, para recién luego acceder al supremo escaño del conocimiento clínico, confrontado con un control estricto anatómoclinico.

Esta triple tarea, fácil de admitir, comprender y naturalmente exigir para lograr una correcta enseñanza, vista desde nuestros días, fue tarea difícil, tenaz y metódica, en la que se necesitó la capacidad y prestigio que ya aquilataba la figura de Pedro Visca para poder imponerla.

Con su inseparable jefe de Clínica, Enrique Figari, que enseñaba la semiología, fue estructurando sin más recursos que los nombrados una metodología de la enseñanza de la clínica médica. Que esa ciencia no se aprendía sólo en los libros, que no se aprendía sólo atendiendo sintomáticamente a los enfermos sino que se aprendía mediante un severo y adecuado método que constituye el aprendizaje clínico, basado en la correcta semiología y en la estricta interpretación de estos datos para ajustarse mediante un método lógico a un exacto y preciso diagnóstico clínico. Este a su vez sería sometido a la comprobación anatómica, fisiológica o microbiológica.

Esto enseñó Pedro Visca. Con ello, labor maestra, labor ímproba, no inventó nada. Nada se inventa de la nada. Donde no había nada creó las condiciones para que con ellas se desarrollara y se implantara la clínica médica. Con sobrada razón decía: Yo sólo quiero ser cimiento.

A la pequeña turba de estudiantes que año a año ingresaba a su curso, bohemia y despreocupada, le hizo asignar en su sala enfermos a los cuales cada uno tenía que atender, realizando el interrogatorio, anotando el examen realizado por el estudiante interno o el jefe de clínica. Luego sería interrogado sobre los datos obtenidos, la versión crítica de los signos y síntomas sometido al control jerarquizado de los docentes. La enseñanza clínica pasó así a estar basada en la experiencia adquirida por los estudiantes en directo contacto con los enfermos. Un control posterior corregiría sus errores, completaría sus insuficiencias de manera de obtener que los alumnos realizaran verdaderos protocolos de observación. Es decir, enseñó a hacer historias clínicas, a realizar de manera congruente y racional el documento básico para el estudio científico de un caso clínico.

Introdujo en el Uruguay la enseñanza de la clínica al pie de la cama del enfermo, disciplina básica y fundamental en toda docencia realmente eficaz y prospectiva que conduce a integrar la apreciación objetiva de los signos y síntomas, y luego por una metodología rigurosa de inducción y deducción a la correcta elaboración y afirmación diagnóstica.

En las clases que al finalizar las mañanas dictaba Pedro Visca, la disciplina continuaba en la misma forma jerarquizada. El estudiante leía la historia y al ser interrogado daba sus tímidas y balbuceantes opiniones; luego venían los estudiantes ya más avezados que exponían con más seguridad sus pareceres mejor fundados. Accedían entonces al ruedo el alumno interno (fueron alumnos internos de Pedro Visca entre otros Américo Ricaldoni y Luis Morquio), para ser completados luego por el jefe de clínica Enrique Figari, siempre sagaz. Llegaba entonces el momento del Maestro. Sentado cómodamente en un pequeño sillón de Viena, había asistido risueño y algo prescindente al desarrollo de la escena hasta ese momento.

Recién entonces iniciaba sus tan mentadas y recordadas clases clínicas llenas de la misma refinada sabiduría clínica y que lamentablemente nadie recogiera...

Así las recuerda su discípulo predilecto Américo Ricaldoni, su sucesor en la cátedra y en el magisterio de la enseñanza de la clínica médica:

"Desde su entrada en la cátedra, puso el doctor Visca especial empeño en que nos ejercitásemos diariamente en su método, del que él, a justo títu-

lo, se mostraba ufano. Expuesto el caso clínico por uno de sus alumnos, los demás sucesivamente lo sometían a una crítica, más o menos feliz, pero siempre vivaz, a veces cruel; la controversia cesaba cuando el maestro, al fin, en un compendio armonioso, comentaba los detalles de la observación y las opiniones emitidas, quitando aquí, poniendo allá, aplaudiendo de este lado, reprobando del otro, y formulando en último término su interpretación propia, generalmente limpiada y tranquila como la verdad misma y seguida de consejos prudentes, de reflexiones serenas y de interesantes excursiones hacia todos los puntos cardinales de la Medicina. No era el menor de los méritos de este método la ardiente emulación que despertaba entre los alumnos, aguzando en ellos el espíritu crítico y obligándolos a escudriñar y a estudiar para tener preparado en el momento oportuno el explosivo que, no obstante el intenso compañerismo de las horas libres, debía hacer añicos al adversario...

"De todos modos, Visca, y aun sin quererlo expresamente, enseñaba siempre, enseñaba sin cesar. No sólo hacía enseñanza cuando coronaba el ejercicio clínico del día con su disertación magistral o cuando en los corredores del Hospital, cuyas arcadas venía el sol a destacar en intensos y magníficos contrastes, realizaba su lección peripatética, sino que también lo hacía cuando en cualquier instante de su conversación se dejaba, como Montaigne, complacientemente llevar por los caprichos del viento...

"Su lenguaje poseía seducciones singulares, y las poseía aún entonces cuando, leve como un susurro, se deslizaba por entre sus labios oprimidos sobre un cigarro de marca, formidablemente magullado, pero eternamente sin fuego! Con mil matices en su fuerza de expresión, huía de las rigideces de la forma para escurrirse dúctil y flexible por entre los accidentes del discurso; a veces ágil como un lápiz definta en dos trazos un ejemplo o una idea de importancia decisiva...

"La anécdota venía de tiempo a introducirse juguetonamente en su exposición. Era sobre todo al estilo de las que, en nutridas series, ha comentado la pluma amena del doctor Cabanès, la anécdota de carácter histórico y referente a hombres y doctrinas de su época; era la anécdota breve, incisiva, por lo común alegre como un cascabel, la que Visca solía evocar con hábil oportunidad para mantener alerta la atención de sus oyentes o dejar en ellos impresión durable del asunto que se discutía. Y el auditorio, así llevado irresistiblemente por su palabra, no perdía tampoco detalle de sus gestos, ya fuera cuando, dominado por la impaciencia o queriendo acentuar una afirmación, sacudía en desorden la larga cabellera con un movimiento enérgico de su gran cabeza,



Coloquio entre amigos.

De izquierda a derecha: Manuel Lussich, Arturo Lussich, Pedro Visca, Antonio D. Lussich.

ya fuera cuando con el bastón de empuñadura de oro que su diestra jamás abandonaba traducía en líneas descriptivas su pensamiento o marcaba sobre el pavimento el flujo y reflujo de su tensión nerviosa”.

La clínica médica por él creada como una disciplina docente, le debe también su continuidad. Con él se formaron generaciones de estudiantes y médicos que accederían luego a sustituirlo y a dilatar la enseñanza en otros aspectos de la clínica. Estos discípulos de Pedro Visca fueron sin lugar a dudas numerosos, con

actuación docente y/o profesional más o menos prolongada y proficua. Sólo nos detendremos a recordar tres de ellos, que por su gravitación en la continuidad de la enseñanza clínica y su verdadero talento creador cumplieron a su vez una misión de enorme importancia, más amplia y fecunda quizá, más reconocida con seguridad, que la del viejo maestro: Américo Ricaldoni, Luis Morquio y Juan B. Morelli.

Luego de una prolongada misión, bien cumplida y colmada, Pedro Visca falleció bruscamente el 20 de mayo de 1912.

Bibliografía

Mañé Garzón, Fernando: “Pedro Visca, fundador de la clínica médica en el Uruguay”; 2 vol., 1983.

PEDRO VISCA

(1840-1912)

Dr. Luis Bonavita

(M. Ferdinand Pontac)

Raíz Aldeana

- "Pe in terra, e viñi qui".

Maneó la seca y dura voz los dos caballos.

- "Soy el general Oribe".

Levantando el arma larga a la altura de la cara, repitió el hombre, amenazadoramente ya, la orden.

Intervino recién el otro jinete, con voz alterada:

- "Es el italiano Bartolo, general. Bájese".

Un oficial subalterno, Basterrica, era quien aconsejaba casi con rudeza, al jefe de las líneas sitiadas.

El mismo Oribe había dispuesto desde el principio de la guerra, ese patrullamiento vecinal en los contornos del Cerrito. La consigna frente a un jinete, era darle el **alto**, hacerlo desmontar, ordenándole avanzar hasta el reconocimiento.

Junto al camino de los Propios estaba esa tardecita, ya con las sombras encima, el chacarero Bartolo. Había llovido y el barro estaba fresco.

Desmontaron los jinetes avanzando hasta el centinela. Este acercó su farol a la cara pálida de uno de ellos y lo reconoció. Inmediatamente, pero sin confusión, hizo el saludo correspondiente.

El general tomó entre sus flacos dedos el aro de oro que adornaba el lóbulo de la oreja del voluntario, y dejó caer estas palabras:

(Nota de la Redacción). Esta hermosa semblanza de Pedro Visca fue publicada por el Dr. Luis Bonavita (bajo el seudónimo de M. Ferdinand Pontac), en el Suplemento Dominical de "El Día" (11 de febrero de 1940).

La reprodujo después en sus libros "Hombres de mi tierra" (1959) y "Cofre bruñado" (1962).

"¡Gringo lindo!..."

Lo había visto antes de este episodio. Apenas instalado el Sitio, el italiano don Bartolo tuvo la valentía temeraria de reclamarle con airada voz sus dos bueyes aradores, arreados con otros hasta el matadero de Legris, donde se sacrificaban para el ejército.

¿Qué fuerza moral debía poseer este genovés nacido en el poblado de Vado en medio de las invasiones



Prof. Dr. Pedro Visca

napoleónicas, para intentar ese paso frente a quien sentía una rara y conocida adversión a los gringos? Era fuerte la mirada del rústico. Transparentaba inteligencia vivaz y recio carácter.

Lo había oído sin cólera el general Oribe. Conversó con él. Le devolvió los bueyes.

Ahora, pasados los años, en esa misma falda del Cerrito, lo palmeaba, contento por esa vigilancia de lobo que no se detenía ni ante la voz del Señor, porque en la oscuridad no le distinguía la cara, y podía engañarse.

Había llegado a Montevideo el año 38.

Entre el Cerrito y el caserío del Cardal, muy pocas poblaciones en esa época: el saladero de Fariña, las casas de Juan Hita en el campo de los Olivos, y ese caserón del barón de Barrau, ahora de don Juan Vidal, que sería más tarde senador de la República. En ese caserón vivía el genovés de nuestro relato histórico. Un gran patio de ladrillo, enmarcado por catorce piezas enormes, de tirantes de urunday y de palma; fuertes puertas y ventanas enrejadas; profusión de azulejos; artística herrería; un portalón de medio punto. Y un mirador.

En ese mirador, y en la madrugada del 8 de febrero de 1840, el gringo Bartolo recibió un hijo nuevo.

Ese hijo fue Pedro Visca.

Díálogos Bucólicos

En la placita de la Unión aprendió el niño Pedro su latín, junto a los arbolitos recién plantados. No consiguió la madre inclinarlo a los estudios eclesiásticos. Unos balbuceos y abandonó las disciplinas.

En Heráclito había hallado palabras que no olvidaría fácilmente: "la Medicina realiza la expresión más alta de la vida". Debía recordarlas cuando el hombre rudo que era su padre, endurecido por las nevadas, y agotadoras tareas de leñador y cazador furtivo en los montes de la Liguria, le dictaba en su dialecto su deseo: "médico, pero sobre todo cirujano".

El muchacho ocultaba su firme designio: sería médico, y llegaría al más lejano y alto límite del conocimiento.

En la plaza de nuestro pueblo aprendió Visca en la adolescencia, a recrearse en la conversación, placer estético que siempre antepondrá a cualquier otro ejercicio del espíritu. Se aislaba con un pequeño grupo de compañeros, y junto al estanque central rodeado entonces por islotes de cedrón y de menta, tenien-

do frente a sus ojos los altos muros del Colegio y la Iglesia, conversaba. Sabía gustar un buen libro. Pero lo excitaba el diálogo con camaradas de inteligencia despierta. Distinguía entre todos a Juan Angel Golfarini y a Agustín de Vedia. Azuzábalos el buen maestro, previendo que del choque de esas ideas en ramolino, habrían de surgir rápidas y certeras las contradicciones, sin ofensa, en ese grupo selecto, que se vigorizaba, ejercitándose. Cuando retornaban al Colegio, cumplido el pequeño recreo, el bueno de don Juan Manuel Bonifaz se frotaba las manos. Tal vez soñaba, frente a sus muchachos, en un resurgimiento de las antiguas academias apolonidas. Al más díscolo de los cinco inseparables, Fortunato, hijo del coronel Flores, el maestro español, que solía hacer sus viajes de brazo del Montaigne, pudo apaciguar cierta vez con estas palabras del galo: "ten tu atención despierta, no tu cólera".

Esas conversaciones fueron fortaleciendo al adolescente que ya apuntaba como un espíritu vigoroso. No separó la Universidad al grupo del Colegio. Ahora dirigía sus estudios un canónigo español que se deleitaba con el espectáculo de esos muchachos que parecían estar siempre en pie de guerra.

Una tarde oyó a Visca defender un principio, y rendirse al fin bajo la certera argumentación de Martín Berinduague. Con emoción le tendió la mano el padre Magesté, que ese era el nuevo maestro, profundo conocedor, él también, de los clásicos. Era "un triunfo alcanzado sobre sí mismo, ese que le permitía inclinarse ante el raciocinio de su adversario, triunfo que debía dejarlo más satisfecho que si lo hubiera obtenido sobre su flojedad".

La Batalla

Ya es bachiller el joven Visca. Tiene veinte años, y con el espíritu vuelto a las ciencias, sueña con vencer al mar que lo separa de su ensueño. En treinta años de vida libre con que cuenta el país, han corrido casi otros tantos de guerras civiles. No ha habido tiempo en ellos de levantar una Facultad. Presenta una solicitud al gobierno de Berro. Hijo de padres humildes, necesita la ayuda del Estado. Pretende una beca en París. El Parlamento la discute... casi dos años. Los emplea Visca dando lecciones particulares en la Unión, para atender sus modestísimas necesidades: cigarros, libros, caballo. El petitorio parece ser bien recibido por los legisladores. Es cosa seria: "a estudiar medicina, ciencias naturales y especialmente la mineralogía". Pero el senador Vásquez desconfía: ¿será en realidad la mineralogía lo que "arrastraba a ese joven inexperto a los riesgos de la famosa Capital?" -Naufragaba la beca, cuando el padre Magesté, por intermedio del senador por Durazno, el canónigo don Juan José Brid, consigue salvarla: sesenta pesos

fuertes mensuales durante el término de seis años. Se imputó esa pensión defendida tan briosamente por dos sacerdotes, a la partida presupuestada en la Ley vigente "para la educación de seminaristas en Europa".

Así pudo matricularse Visca en la Facultad de París, en los cursos de 1862. Cuando la bacilosis segó a Luis Maturana, becado de pintura, se elevó la pensión de nuestro estudiante de medicina en veinte pesos.

Pero en 1863 dejó de percibirla. La revolución florista hizo imposible el envío de la partida a Europa. Las penurias, a pesar del aporte paterno, fueron honradas. Terminaron con la victoria de Flores, quien ordenó el pago de las mensualidades atrasadas. Contaba Visca más tarde como se había imaginado el clamor de Vázquez y la contrición de Brid y Magesté, si les hubiera sido posible contemplar el festejo babilónico por la llegada del rubro mágico: una pequeña rueda íntima, en la casita de la calle del Sena número 91, con champagne, cigarros y nocturnas mariposas de París...

Paris de Francia

No era una casita de lo que disponía Visca en el barrio Latino, sino de un cuarto. Lo compartía con un compañero de clínica, cuyo nombre era perfectamente oscuro entonces: Jorge Dieulafoy.

Visca llegó a París cuando se gestaba la era prepasteuriana. Nunca dispuso su Facultad de una pléyade tan extraordinaria de profesores. Fueron sus maestros y compañeros Broca, Brouardel, Charcot, Hayem, Déjerine, Pozzi, Dieulafoy, Duplay, Brown Séquard, German See orgulloso más tarde de su título de médico de Víctor Hugo.

Algunos de ellos asistieron al triunfo de Visca, la obtención del Internado, entre 600 concursantes vencidos casi todos por ese americano de Montevideo, que entre severo y sonriente, se atrevía a exponer ante el tribunal examinador, su opinión de que entre las causas de contraindicación a la traqueotomía... en la mujer, podía haber una nueva, no registrada todavía, y cuya paternidad reclamaba. Esa causa provenía... de razones de estética.

Su profesor de clínica médica ahondó en Visca su devoción por el buen decir. Pertenecía, en efecto, Jaccoud, a ese clan de profesores a los que englobaba Bianchón entre los que hablan demasiado bien. No fue superado su talento oratorio.

Narraba más tarde Visca, ya en Montevideo, la maravilla de sus lecciones. Parecía construido espe-

cialmente para él ese anfiteatro con balcón en forma de púlpito, desde el cual deslumbraba en su clínica de la Piedad, a los estudiantes enmudecidos.

Resaltaban en su figura correctísima, el tinte mate, el caído bigote gris, las blancas patillas de moscovita. Como si fuera un sermón, derramaba Jaccoud su ciencia, ya que él mismo era casi un predicador, en medio de los avances y retrocesos de su cuerpo alto y flaco, y de sus distintas inflexiones de voz, exageradamente grave a veces, como si quisiera recordar su gris mocedad, defendiendo a sus padres viejos desde su banqueta de violín de la Opera Comica.

Dejó Visca la Europa en 1871. Pudo no volver. Tuvo amigos políticos cuya honrosa camaradería lo expusieron a un corto pasco hasta el muro de ejecución. Uno era Gambetta, que llevando siempre junto a sí a Lannelongue, arrojaba el hachón de su palabra en medio de la emoción de las multitudes. Otro era Clemenceau, que en la época de la Comuna, apenas si era un mongol de treinta años que había llegado a alcalde del 18 distrito...



Bartolomé Visca (1799-1886), padre de Pedro Visca

El General

En medio de la patriada de Aparicio llegó a Montevideo el nuevo médico de la Facultad de París a la que acababa de presentar su Tesis. Abrió su consultorio en la calle Yi 211 frente a la vieja quinta de Montero. La más distinguida clientela de la ciudad se hizo cargo desde entonces de sus horas de la tarde, mientras el pobrerío disponía de sus mañanas en la sala Larrañaga del Hospital de Caridad.

Ya que no lo alcanzamos, hemos tratado de conocerlo a través de los recuerdos de quienes se formaron a su lado. Confrontando opiniones, discriminando a conciencia, podemos presentarlo como fue en realidad, y no como lo pinta la leyenda que ya ha comenzado a envolverlo.

Fue una novedad ambiental la división de los enfermos en su sala hospitalaria. Cada estudiante disponía de tres o cuatro a los cuales examinaba a fondo. Cuando el profesor solicitaba a uno de ellos la presentación de su caso, el alumno sabía que acababa de sonar la hora de la batalla.

Leía pues la historia, y edificaba su diagnóstico. Cuando había concluido, el profesor que tenía dividida la clínica en tres categorías de externos, lanzaba sobre su silencio el primer grupo de combatientes, lo que él había bautizado con el nombre de infantería. A base de objeciones eran las descargas. Se defendía el alumno. Cargaba entonces la caballería. Gente más diestra, más adelantada. La artillería entraba por fin al campo. Alumnos de último año servían las piezas.

Se agotaba así el tema. La clase, que había presenciado la presentación de una tifoidea o de una neumonía, en medio de un combate tan hondo como leal, podía retirarse con la mañana ya ganada.

No lo hacía. Faltaba la palabra del General. Tenía un anfiteatro entonces la sala Larrañaga. Desde él disertaba Visca, terminando el entrevero verbal. Era inalterable la sobria elegancia del profesor. No se había oído el grito de Crispín: "antes te quiten la piel que un buen vestido". A Visca se la arrancaran antes que su pantalón a rayas, su levita, su sombrero de copa, su bastón de ébano con puño de oro; sus guantes grises. Dieulafoy confiaba más en sus ojos magnéticos y en su romántica cabellera enrulada, y se presentaba a dictar su clase en el Hospital de San Antonio envuelto siempre en su peluda capa de boyardo.

Desde su sitial, junto al Estado Mayor -sus mariscales, porque esos ayudantes se llamaban Morquio, Ricaldoni y Figari-, juzgaba el combate disputado sobre un terreno tan pequeño, que cabía en él nada más que la sombra de un hombre. Pero a la salvación de esa sombra convergían los esfuerzos de todo el

ejército, citado para un combate tan singular entablado a la muerte.

Lo que Visca extraía a su conocimiento, a su experiencia clínica, a su talento ingénito, frente al caso que le presentaban, sólo quienes fueron sus discípulos podrán juzgarlo. Era un gran cerebro, y lo que es mejor, un cerebro perfectamente equilibrado.

Terminada la lección clínica, los alumnos ganaban el corredor, y esperaban. Faltaba algo. Era el regalo, la charla diaria, magnífica, más interesante a veces que la misma lección que acababa de dictar en la cátedra. Hablaba de historia y de política, de París en el que secretamente hubiera deseado morir; de sus viajes y sus lecturas, de la filosofía tan en boga entonces, y que lo llevaba siempre a una cerrada y oscura síntesis: la historia de la tierra no es más que la historia del dolor humano.

Era numeroso el grupo que rodeaba al Maestro. No se disgregaba lentamente nunca, sino que, como si la reunión hubiera sido una bandada de pájaros picoteando en la huerta, se dispersaba bruscamente, a una señal, como a un tiro de escopeta. La señal, era Visca levantándose de su asiento para retirarse.

Caminador infatigable, a pie llegaba siempre hasta su casa. No solo. Tomaba del brazo a un amigo y lo acompañaba hasta la suya. Manuel Quintela vivió un tiempo en la Plaza Libertad. Visca lo dejaba en su puerta. Se les veía a menudo, separados por alguna distancia. Quintela sonriente y con la cabeza baja, Visca junto al cordón de la vereda, abstraído a pesar de la compañía y de la charla, tal vez con el alma en su Francia lejana, mientras la aldea de entonces lo miraba pasar respetuosamente, encontrándolo hermoso en su fealdad, por esa sensación de confianza que esparcía a su alrededor por el solo acto de su presencia.

Cuando la charla de Visca desde su banco del corredor se prolongaba, solía ocurrir que entraban por él un enfermo nuevo, y entonces el profesor se entregaba a una disciplina extraña. La de los diagnósticos fulminantes.

Con enorme sorpresa de los muchachos de tercer año Visca miraba al recién llegado y aseguraba: "Es un aórtico". Otras veces: "Es un cirrótico de Laennec". Hacía un culto de la observación. Decía que la facies hablaba.

A estos diagnósticos el vulgo los coloca al amparo del ojo clínico. No son otra cosa que el producto lógico de un enorme ejercicio profesional.

Examinaba luego esos casos, y la clínica confirmaba entonces sus adivinaciones. Pero él se reía de los



Visca en sus tiempos de estudiante

médicos taumaturgos, siempre humorista, sobre todo en la rueda íntima, junto a la taza de café, fumando hasta la colilla sus famosos cigarros de hoja -a los que no mordía la punta, como lo hacía aquel otro enorme fumador que fue José Pedro Ramírez- cigarros cuyo humo no tragaba, pero que consumía para neutralizar el efecto del café, así como abusaba del café para neutralizar el de la nicotina...

Cuando apareció Soca, hubo un choque entre las dos escuelas, la antigua representada por Visca, y la novísima encabezada por el talento de ese hombre, salido del campo como el otro, y que nos llegaba ahora de Europa con justa fama de raro y sabio.

Ese choque no fue visible. Pero lo sufrió el compañero de Dieulafoy.

Cuando Soca, examinador de un alumno que egresaba, fuertemente impresionado por la prueba rendida se inclinó hacia Visca interrogándolo:

- "Este alumno ha estudiado en París?"

Todo el orgullo de Visca, su sano orgullo, asomó en la casi triste sonrisa:

- "No, doctor Soca. Ha estudiado conmigo en Montevideo".

El examen de ese alumno -Juan Francisco Canessa- debió de limpiar de amargura el alma de Pedro Visca, si es que el choque de las dos tendencias, como



Visca en sus últimos años

lo creemos, había caído sobre su sensibilidad, lastimándola.

Venía a menudo a la Unión, traído en consulta por los colegas. Había nacido en nuestro pueblo, pasado aquí su escuela, terminado en el Pasteur de hoy su bachillerato.

Recuérdese la ambición de su padre:

- "Eh ben: tu guavai pe studíá, e ninte de andá a perde u tempu; tu grevai pé turná in bun uperadú..."

Y como el hijo se defendiera, prometiendo volver médico, pero ya temeroso de cometer un grueso error como principiante, exponer una vida, hasta matar a un hombre por un tajo mal dado, el ligur forjado en el odio a la Francia invasora:

"¡Má che t'importa la vida d'un franceise, o de vinti; l'istoria alí imparrasse ben l'uficio: u resto son titte muse!..."

Y el primer cargo público que el país confió al doctor Visca, tenía que ser, como una paradoja, el de Cirujano Mayor del Ejército... A Visca, que en toda su vida profesional no operó nunca ni ayudó siquiera en ninguna intervención sangrienta.

No había defraudado al padre, sin embargo. Con Péan y con Lucas Chapionniere se había hecho cirujano. Abandonó la senda roja sin saber por qué. Pero la abandonó. En Francia, por lo menos, la ciencia del

operador era un baldón entonces. El monopolio de la talla y de la cirugía de huesos, estaba en manos de los barberos. Tiempo pasado, del que en la ciudad y las sierras... todavía quedan resabios.

*

Sobre el desinterés de Visca un solo dato: dejó como herencia... mil metros de tierra en Belveder. No hizo clientela por consideración a sus colegas que habían sido sus discípulos. Ni lució chapa en la puerta de su consultorio. Así eran los profesores de Francia, y él era eso. Un profesor del siglo de oro, no solamente por ese desinterés ilimitado, su franqueza que lo llevaba a confesar casi voluptuosamente sus errores, la arista infantil, siempre despierta en su espíritu, y que no se mantiene viva sino en los hombres superiores, sino también, y esto puede parecer superficial, en su porte, que Visca conservó inalterable desde su llegada de Europa. En profesor se mantuvo, pero sobre todo en hombre que no desciende de su simplicidad elevada, porque es desde la cual comprende mejor, y contempla y consuela el sagrado dolor humano.

A medida que iba avanzando en edad ganaba en tolerancia. Ya no lo molestaba que lo llamaran para los moribundos, casi en sacerdote. Cada vez se desnudaba más entre los íntimos, como si esas revelaciones ya conocidas se transformaran, al pasar por su palabra, en un silencio que creía merecer. (Confesaba su terror por la difteria. La diagnosticaba con los ojos, casi sin cuchara, alejado, y cuando examinaba un sospechoso colocaba su mano enguantada por sobre la espalda cubierta, y percutía con el bastón...).

Hablaba a menudo de estas pequeñas grandes cosas, en su salón lleno de humo de la calle Juncal, en la que empezaba a hacer desde julio sus tres meses de Paraguay, que consistían en un tranquilo reposar en la cama, bien apretada a la cintura la faja de franela.

Así fue adentrándose Visca en la vejez, que en él había de ser tan digna, tan alta.

La Nodriza y la Muerte

Es posible que, en cuanto a la localización en el tiempo, la afirmación de Conrad sea exagerada.

"Todo hombre -escribía- percibe ante sí una línea de sombra, y la atraviesa con un estremecimiento". Colocaba en la cuarentena la temible señal, mientras Maurois que cree en su embrujo, la estira piadosamente hasta el medio siglo. Detrás de ella, la juventud. ¿Cómo no abandonar sin una crisis de desesperación, por breve que sea, el don precioso? El hombre

podrá sentirla, y la siente, pero por lo menos en los tiempos actuales, ese escalofrío de angustia pasa desapercibido. La crisis será más o menos dolorosa, según la sensibilidad del viajero. Más de una vez hemos preguntado la edad, para anotarla en la ficha, a un hombre que nos había parecido fino de alma. En el brillo de la mirada hemos creído sorprender con pena, como relacionaba su aproximación a la línea de sombra con la esperada jubilación que le traerá el descanso. Para el hombre de espíritu, la sola pregunta es una tortura. Stendhal dejó esta nota en un rincón de página, la mañana en que pensó por vez primera en la inminencia de su encuentro con la cincuentena: "Esta es la lista de las mujeres que yo he amado". Todo hombre puede anotar como él, sus ilusiones desvanecidas. Si se desespera al hacerlo, es que ese hombre empieza a envejecer mal.

No fue ese el caso de Visca. Pocos alcanzan su digna y pura ancianidad. Si percibió el escalofrío de su línea de sombra, debió apartarlo de sí, sabio hasta el extremo simple de comprender que debía conservar un resto de esperanza, para no caer en la soledad, por el camino poco elegante de una vejez indelicada. No pudo ser un solitario porque no conocía el egoísmo ni la avaricia espiritual, y vigilaba celosamente los defectos a que su edad podía arrastrarlo, a él que había sido un joven triunfador, y estaba destinado a seguir siéndolo, ya que su ciudad asistía en medio del austero declive de su vida, a ese fenómeno raras veces percibido, de una total y absoluta confianza colectiva, emanada de su espíritu nobilísimo.

Visca envejeció con la sensación de estar en un oasis, y no en una extensión ilimitada y ardorosa. No le fue posible pensar en la muerte para temerla. Había rechazado en 1908 un homenaje nacional surgido del cuerpo médico de Montevideo. La edad, las arterias en declinación, el corazón en derrota, no permiten soportar sin un fuerte y peligroso choque emocional, ese último matiz de solidaridad que se empeña en rodearnos. Y fingiendo un temor que no sentía, recordaba a don Cipriano Miró, a don Plácido Ellauri, a don Tomás Gomensoro, desaparecidos casi con la apoteosis.

En la noche del 19 al 20 de mayo de 1912 mantuvo como siempre su tertulia en la casa de la calle del Juncal, con el arquitecto Guidini, el doctor Jacinto de León, y su yerno don Arturo Visca. Para ilustrar al extranjero, el dueño de casa incursionó en nuestra historia. Desfilaron el Sitio Grande, la aventura de Timoteo Aparicio, todo el espíritu belicoso de la raza.

A las 12 y 30 dijo:

"A cambiar de conversación. Dejemos el pasado. Vamos a hablar del porvenir".

De ese porvenir del que disponía tan sin temores, sólo quedaban en el viejo reloj de cuco... sesenta minutos. A la una y media de la madrugada, el doctor Visca cayó fulminado por una bulborragia.

Hasta el fin, ese griego que supo disfrutar de una vejez antigua, había rendido culto a la conversación. Estamos seguros que si su ángel le hubiese hecho una imperceptible señal por encima del hombro, no se habría asombrado, ni hubiera permitido a la congoja filtrarse hasta su corazón. De la última noche que le perteneció sobre la tierra, puede decirse lo que Wells recordó en un festejo muy inglés que se le tributó a los 70 años, de que ese acto sencillo le traía a la memoria el golpecito de la nodriza con el filo del ángelus:

"Ya es hora de ir a acostarse, señorito Henry".

Recordaba Wells su protesta y su casi inmediata resignación; el sueño llegaba luego y el lecho le brindaba "un descanso muy deseado". Y el comentarista constata con pena, que la muerte no pasa de ser una nodriza afectuosa y severa.

Llegada la hora de Visca, se le acercó, como la del inglés, a decirle con una suave voz:

"Señorito Pedro, ya es hora de ir a dormir".

Y el señorito Pedro, sin protestas, se durmió, bruscamente...

